

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

599

25
cts

WILLIAM BOID

DOROTHY SEBASTIAN

EL CADETE DEL AMOR

LA CAVA, Gregory

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI BARCELONA N.º 599

His First Command, 1930

EL CADETE DEL AMOR

Simpático asunto, interpretado por
William Boyd, Dorothy Sebastian, Alphonse
Ether, Gavin Gordon, Paul Hurst.



Producción sonora **P. D. C.**

Distribuida por

Cinnamond Film

Balmes, 51

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
HARDIE ALBRIGTH

EL CADETE DEL AMOR

Argumento de la película

El coche se atascó de pronto en medio del camino, sumergidas las ruedas en un mar de lodo. Los dos hombres que iban en él realizaron extraordinarios esfuerzos para poder continuar adelante.

—¡Bien, Canuto! — dijo un muchacho de simpática presencia a su chofer, un negro de aspecto asustadizo—. Menos mal que nos encontramos ya en Kansas.

—Para desgracia nuestra, señor.

—Según papá, aquí empiezo mi carrera... Empieza y termina, me parece a mí.

—Es terrible, señorito Terry.

—¡Mal comienza mi estancia en este país! ¡Y pensar que fueron las mujeres las que me metieron en este lío!

—No estaría de más que también le sacaran de él.

—Tienes razón.

Era Terry Gulver un muchacho de muy buena familia. Cansado su padre de su vida alegre, cuajada de aventuras más o menos peligrosas, había decidido enviarle a Kansas para que trabajase en alguna de las fábricas instaladas allí. Y Terry había tenido que acceder en la confianza de que en su nuevo destino no le habría de faltar alguna aventura de amor.

Mientras ayudaba al chofer a librar de obstáculos el camino, vió pasar cerca de allí a un numeroso grupo de soldados.

—¿Qué será eso? ¿Una revista?

—Creo que cerca está la Academia de Caballería, señor.

—No les envidio el gusto.

Se fijó entonces en que en una pradera se hallaba una bellísima muchacha, de pie junto a un caballo al que arreglaba la montura.

Viendo una mujer, singularmente si era joven y guapa, Terry se sentía optimista y feliz... Y dejando al chofer que se las arreglara con su trasto viejo, se encaminó al encuentro de la joven.

Le saludó con vivo afecto, y acariciando el caballo, preguntó:

—¿Muerde, señorita?

—Si no se le muerde a él primero, no — respondió con una agradable sonrisa.

—Por mi parte no hay temor. Siempre me han inspirado los caballitos cierto respeto. Especialmente cuando están solos. En cambio un cuarenta caballos me encanta... Pero ¿me permite usted que la ayude a arreglar las cinchas del caballo?

—Gracias.

—¿Ve? Eso se hace en un santiamén... Ya está...

—Le quedo muy agradecida, señor...

—Mi nombre es Gulver... Terry Gulver.



—Mi nombre es Gulver...

—Gracias por todo... señor Gulver.

Y cuando él esperaba que la bella joven le dijese su nombre, ésta montó con rapidez y emprendió rápido trote, dejando a Terry herido en el alma por la belleza distinguida, por la aparición inesperada de aquella mujer.

Después volvió junto a su chofer Canuto, que estaba manchado de lodo, y aunando sus esfuerzos pudieron poner en disposición de marchar el automóvil y se encaminaron ya sin contratiempos hacia la finca del señor Ferben,

un importante comerciante del país, al que Terry iba recomendado.

Ferben le recibió cariñosamente, con el afecto que inspiran los hijos de los amigos viejos.

Después de un rato de conversación, le advirtió con cierta seriedad:

—Pero, cuidado, ¿eh?, amigo Terry. No se vuelva a enredar en otras aventuras... Ya sabe lo que dijo su padre.

—¡No hay que temer! He jurado ser formal y... ya veremos.

—Pues a probarlo.

Le invitó para una fiesta que aquella noche daba en su casa a sus amistades, y Terry prometió no faltar.

Se dirigió primero al hotel para cambiarse de ropa y disponer lo necesario para que su chofer emprendiera el viaje de retorno.

Iba a quedar solo en Kansas, en un ambiente que le sería desconocido. ¿Sería muy difícil el trabajo en la fábrica? Ojalá fuese cosa fácil y le quedara tiempo para lo único que le parecía interesante en la vida: festejar, decir cosas bonitas a las mujeres, recibir las sonrisas de sus labios y de sus ojos. Lo demás... nada.

El señor Ferben atendía a todas sus amistades en aquella fiesta que daba en su finca. Eran en su mayoría militares de la Academia de Caballería y algunos iban acompañados de sus familias.

Ferben se apresuró a saludar cordialmente al coronel de la Academia, el señor Gaylor, que iba con su hija, la bellísima July, la mis-

ma muchacha que Terry había encontrado horas antes en la pradera.

—Estoy esperando al hijo de mi amigo Gulver... Una cabeza loca—dijo Ferben, sonriendo.

—¿Es joven?

—Veinticuatro años... Su padre me lo envía para que le enseñe el negocio de gomas.

—¿Ha dicho usted Gulver? — preguntó July con interés, recordando al desconocido de aquella tarde.

—Sí, Terry Gulver... Los periódicos han hablado bastante de él.

—¡Es cierto! Ahora recuerdo haber leído algo sobre él y cierta artista de varietés.

—Póngase en guardia, que es un hombre peligroso.

—No le temo.

—A propósito, me parece que está ahí.

Y Ferben fué al encuentro de Terry, que con gran seriedad se excusó por su tardanza.

Fué estrechando manos y repitiendo palabras de cortesía, hasta llegar al grupo que formaba July con su padre y otros oficiales del ejército.

El señor Ferben hizo las presentaciones, pero Terry, sumamente complacido por tener ante él a la bella amazona de la tarde, le dijo:

—Temía no volverla a ver.

—¿Se conocían ustedes? — dijo el dueño de la casa.

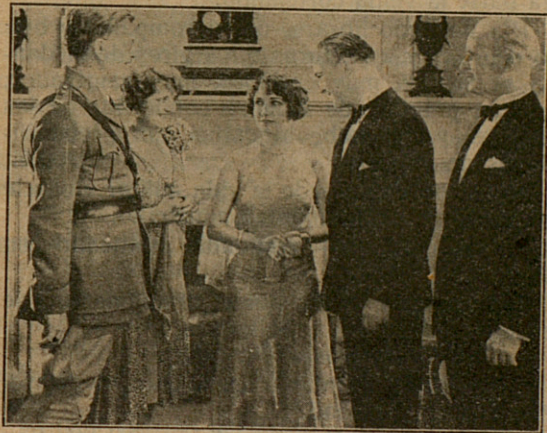
—Así... de paso.

—Le presento al padre de la señorita, el coronel Gaylor... El señor Gulver.

A todos sonreía el forastero con efusión. July le contemplaba cariñosamente, interesa-

da por la profunda simpatía que emanaba de aquel muchacho.

—¿Conque usted es el famoso Gulver de quien tanto han hablado los periódicos? — le preguntó.



A todos sonreía...

—No... yo, no... Debe referirse a mi primo —indicó con acento compungido y no queriendo aparecer como un calaverilla—. Yo estaba de misionero en Borneo.

—¡Qué gracioso! ¿Y convertía muchas almas?

—Las de las mujeres, sí.

Inicióse en aquel instante un baile, e iba Terry a invitarla, cuando se acercó un oficial, el teniente Allan, quien con cara de pocos amigos miró al joven y luego se inclinó ante ella.

—July, no olvide que este baile lo tiene comprometido conmigo.

—Es verdad. Vamos.

Danzó con él, no pudiendo evitar cierta distracción al oír las frases ardientes y empalagosas del teniente, que de un tiempo a aquella parte la venía cortejando.

Por fin pudo librarse de su compañía y bailó con Terry, que durante los giros de la danza se mostró muy cariñoso, muy cautivador, con su práctica de hombre conocedor de las mujeres y que sabe atacarlas con probabilidades de vencer.

Hablaron después de la vida militar y ella le preguntó si sabía montar a caballo.

—¡Ya lo creo! — respondió mintiendo con descaro.

—Pues vaya un día por el campamento y le enseñará papá las caballerizas.

—Con mucho gusto. No faltaré.

—Va usted a trabajar en la fábrica del señor Ferben, ¿verdad?

—Creo que sí. Pero no sé lo que haré. Soy hombre que cambia a menudo de parecer.

—¿En todo?

—En todo, menos en proclamar que usted es una muchacha encantadora.

Ruborizóse la jovencita.

—¡A cuántas habrá usted dicho lo mismo!

—¿Qué importa el pasado? Usted es la más bonita que vi.

El teniente Allan quiso invitar otra vez al baile a July, pero ella se excusó alegando que estaba cansada, y el militar se alejó, desdénado y sintiendo un profundo odio contra el intruso.

July, que iba sintiéndose más cautivada por el fino trato de su nuevo amigo, le preguntó:

—Y dígame, ¿ha venido usted solo... o acompañado?

—Solo. Mas, ¿por qué me hace esa pregunta?

—Porque no creo que estas soledades ofrezcan atractivos para un hombre de sus... tendencias.

—¡Quién sabe! Además, veo que aquí hay bellísimas mujeres... y eso alegra los corazones más tristes.

—Pero no olvide que las mujeres de Kansas prefieren a los militares.

—¿Y a qué obedece esa predilección?

—¡Vaya usted a saber!... Es ya algo tradicional en ellas.

—Pues yo sería capaz de ingresar en el ejército con tal de verla a usted todos los días!

—¡Qué va! ¡Ni pensarlo!

Y riéndose de la momentánea turbación de él, fué a reunirse con un grupo de militares y volvió a bailar con el teniente Allan, mientras Terry se hacía rápidamente a sí mismo el propósito de ingresar en la Academia para ponerse en condiciones de ser amado por aquellas mujeres "que preferían a los militares".

* * *

Era Terry hombre de resolución rápida, que no entendía de demoras. Y al día siguiente, sin consultarlo absolutamente con nadie, fué a la Academia Militar y se inscribió como cadete.

Le dieron un burdo uniforme y le obligaron a ir a un patio para comenzar la instrucción. Estaban con él otros cuatro novatos en cuyos rostros había el temor que inspiran las cosas desconocidas.

El sargento Westbrook, un sujeto de ordinario aspecto, reenganchado varias veces, era el encargado de instruirles.

Les contempló a todos con una sonrisa de superioridad, y viendo sus caras asustadizas, con excepción de la de Terry, que experimentaba un ligero desdén, dijo:

—Veamos con qué nuevos elementos cuenta el ejército. A ver, tú—dijo, zarandeando a uno de ellos—. ¿Por qué llevas la guerrera desabrochada? Arréglatela... Aquí, en el ejército, cada cual tiene que abotonarse a sí mismo.

Luego examinó al segundo de la fila, tipo escuálido y flacucho, y le insultó:

—Dedos de mantequilla... más blandos que tu cerebro.

Nadie osaba hablar ante la energía del sargento, que continuaba mofándose de ellos.

—A éste habrá que adelgazarlo —añadió, señalando a un gordinflón—. No hay caballo que le sirva.

Dirigió su vista a un tipo de boxeador, el cuarto en la hilera, y se echó a reír.

—¿Desde cuándo se admiten "bull-dogs" en el ejército?... Hombre —continuó, mirando a Terry, que permanecía en posición de firme—. ¡Qué monada! ¡Qué niño bonito!... Oye, ¿dónde dejaste la niñera?

No se inmutó Terry en su contestación, acostumbrado a tratar a hombres más terribles.

—Hoy le toca de paseo.

—Gracioso, ¿eh? ¿Te han salido ya los dientes?... ¡Vaya con los reclutas! ¡Qué porvenir para la patria si hoy se declarase la guerra! Si los escogen, no se encuentran peores.

—Sargento...

—¡Cállese!

Y llamando a un cabo, le indicó:

—Lleve a esos muchachos a tomar el sol... y que no se arruguen... Y escuchadme bien... Este es un regimiento de caballería. Trabajo rudo aun para hombres... Y vosotros ni parecéis hombres, ni os cuadráis como hombres. ¡Sois una birria!

Los cinco novatos se cuadraron en posición ridícula.

—Más derechos, mejor arreglados. Al decir que la caballería requiere hombres, no quiero decir monos... ¡Uf, lo que cuesta desasnarnos!... ¡Cuide de ellos, cabo!

Y salió dejando a los cinco reclutas bajo las órdenes del cabo, que les imprimió durante un buen rato una durísima instrucción.

Terry se sentía con ganas de volver a marchar, pero la idea de que July habría de agradecerle su decisión, su sacrificio, le dió ánimos para seguir adelante en su carrera.

Hombre que se hacía cargo de las cosas, no le hicieron demasiada mella las abominables admoniciones del sargento y del cabo, y una vez hubieron dado orden de romper filas, se dirigió con una frescura inconcebible a las oficinas del regimiento.

Mirando a otro cabo que estaba escribiendo ante una mesa, le preguntó:

—Perdone. El coronel, ¿está ocupado?

—No sé. Pero, ¿cuánto lleva usted de servicio?

—Una hora aproximadamente.

—No puede entrar.

—¿Que no puedo? ¡Pero si es la cosa más fácil!

Y entró rápidamente en el despacho del coronel. Avanzó hacia éste sin quitarse el sombrero, y le dijo con serenidad, sin acordarse de que era indispensable guardar allí más que en ninguna parte las distancias de la vida social.

—¡Bien, coronel!... Desearía que me enseñase usted las caballerizas. Su hija dijo que eran muy interesantes.

El coronel se levantó casi con indignación.

—¡Quítese el sombrero!

—¡Perdone!

—¿Y qué quiere decir eso de entrar sin permiso?

—Como creí que me lo concedería usted, le ahorré el trabajo.

—Es usted muy tranquilo, demasiado, para haberse inscrito aquí. Pero ¿por qué diablos se ha alistado usted? Usted vino a Kansas para emplearse en una fábrica, ¿no?

—Verá usted, coronel... Yo...

—Haga el favor de cuadrarse.

—Bien... Pues, la verdad... Fué su hija quien me hizo interesar en la milicia.

—¿Mi hija?... ¿Ella fué la causa de su decisión?

—Sí. Me dijo que las mujeres preferían aquí a los militares... y yo... naturalmente, accedí. El coronel sonrió.

—Creo que ha escogido usted mal, pero está inscrito ya y no puede volver atrás.

Entró el teniente Allan, quien contempló con sorpresa e insolencia al nuevo recluta, el hom-

bre que la noche anterior había estado "flirteando" con July.

Terry quiso estrecharle la mano, pero Allan se opuso a ello y miró al coronel como pidiéndole una explicación inmediata.

—Teniente Allan — le dijo su superior —, este recluta vive al margen del Reglamento. Sobre todo, desconoce la manera de dirigirse a sus jefes... Haga que el sargento Westbrook le instruya debidamente.

—Perfectamente, mi coronel.

—Este volvió a sentarse ante la mesa, y el teniente Allan dió orden en forma enérgica al nuevo soldado de que le siguiera.

Se dió cuenta Terry de que el coronel estaba disgustado con él, y le dijo:

—Siento haberle molestado, viejo.

Y siguió a Allan, preguntándose si esta vez no se habría errado profundamente al ingresar en una profesión para la que no estaba preparado. Su única confianza era que July se alegrara de su determinación.

Quiso decir algo a Allan, pero éste le impuso silencio. Salieron los dos al patio, y Allan dió instrucciones al sargento Westbrook acerca del trato especial que debía darse al recluta.

Terry miraba con cierto temor al sargento, que parecía ir cargado de malas intenciones.

—Ven aquí, jovenzuelo.

—Pero...

—Oyémelo bien. Supongamos por un momento que aquel poste es el general Perhsing.

Y le señaló un poste de madera que estaba cerca de ellos.

—Ya lo he supuesto.

—Supongamos también que tú pasas, y, ¡paf!, te lo encuentras.

—¡Muy bien!

—El general se dirige a ti y te dice: “¡Hola, viejo! ¿Cómo va esa vida? ¿Qué harías tú entonces?”

—¿Que qué haría yo?

—Sí, tú... A ver, habla.

—No sé...

—Pues ya te lo diré yo. Primero juntarías los pies... y después le saludarías así. A ver, la mano en posición de saludo... Pues vas a repetir ahora este saludo cien veces, diciendo cada vez: “¡Sí, señor!”.

—¿Cien veces?

—Sí. Así sabrá el general que eres educado. Comienza.

Y el pobre Terry, cuadrado ante el poste, tuvo que ir saludando y repitiendo con monotonía:

—¡Sí, señor!... ¡Sí, señor!... ¡Sí, señor!...

Estaba furioso. ¡Ah, aquel sargento algún día u otro se las iba a pagar!

El sargento y el teniente se reían de su castigo.

De pronto apareció la bella July, que llevaba un ramillete de orquídeas sobre el pecho.

Saludó al teniente Allan y se fijó en Terry, que iba de cadete y que ante un poste saludaba de una manera automática repitiendo su pesado “Sí, señor”.

Sorprendida ante aquella aparición y agradablemente ilusionada en el fondo, simuló, sin embargo, no reconocer a Terry, y mirando al teniente Allan, le dijo:

—Pero, teniente, ¿por qué me ha mandado estas orquídeas tan caras?

—Yo no se las he enviado, señorita... Habrá sido otro admirador suyo.

—Acaso...

Y sus ojos se dirigieron hacia Terry, que pareció sonreír, pues era él quien había enviado el obsequio.

Experimentó una íntima satisfacción, pero, sin embargo, quiso burlarse un poco del joven para que no adquiriese rápidas esperanzas, pues era preciso hacerle comprender que no se rendía tan fácilmente una fortaleza como ella.

Terry estaba emocionado y lamentaba la actitud ridícula en que se hallaba. Quiso decir algo, pero el sargento le atajó:

—No se mueva de aquí y continúe con su lección.

—¡Hola, sargento! — dijo la muchacha—. Otro recluta aprendiendo su lección, ¿verdad?

—Sí, señorita.

—¿Es un novato?

—Sí, señorita. Lo recibimos en el correo de la mañana.

—¿Y por qué habrá ingresado en el ejército?

—Vaya usted a saber. A lo mejor por una mujer, ¿verdad, muchacho?

Terry no contestó directamente y fué repitiendo su saludo y las palabras “¡Sí, señor! ¡Sí, señor!”

—Es un papanatas... Hay hombres a quienes nada detiene.

July, quitándose rápidamente el ramo de flores, se lo entregó al sargento.

—He recibido estas orquídeas por equivocación, sargento. Déselas a los caballos.

—Son flores muy caras.

“—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!” — repetía Terry, ahora un poco furioso ante el desprecio de la joven.

Y ella, bellísima mujer, que tenía por docenas a los admiradores y que aunque experimentaba cierta simpatía hacia Terry no quería dárselo a comprender demasiado, se retiró en compañía del teniente, no sin lanzar antes una mirada extraña al recluta, una de esas miradas enigmáticas que reflejan el alma misteriosa de la mujer.

No alteró Terry ni uno de sus músculos y siguió repitiendo su cantinela.

El sargento suspiró al ver partir a la dama y acarició las flores que sobre su perfume conservaban el natural de su antigua dueña.

—Recluta, el hombre que llegue a interesar a una muchacha así, ya puede considerarse dichoso.

“—¡Sí, señor!” — repitió riendo Terry, y asegurando que por primera vez el sargento había dicho algo digno de ser oído por él.

Cuando terminó su castigo quiso ir a ver si July estaba aún en la Academia, pero se había ya marchado... Quería verla otra vez, hablarla. Deseaba decirle que por ella sería capaz de todas las renunciaciones, de todos los sacrificios por heroicos y valiosos que fuesen.

Conocedor de la mujer, no daba demasiada importancia a su ligero desprecio, al incidente de las flores. No se ganó Zamora en una hora. Y no se ganan mujeres como July en un abrir y cerrar de ojos.

* * *

Poco a poco iba Terry perfeccionándose en su instrucción. Montaba ya a caballo bastante bien, no aun como un jinete experto, pero lo suficiente para mantenerse en la silla a un trote prudencial y tranquilo.

Algunas veces iba ella al campamento y conversaba con Terry. Después del incidente del primer día se habían hecho bastante amigos y ella se sentía orgullosa de que aquel joven hubiese sentado plaza nada más que porque las mujeres de Kansas preferían a los militares.

Terry volvía a sentirse contento viendo que July le trataba con cariño y no parecían disgustarle demasiado las frases amorosas que él le prodigaba cuando estaba a su lado.

Cierto día, el cadete intentó besarle la mano, pero la joven, con fingida indignación, le rechazó.

—¿Sabe usted lo que les sucede a los cadetes que se propasan con las hijas de los jefes?

—Indudablemente, que se llegan a enamorar de ellas.

—Pero este no es mi caso.

Y se alejó rápidamente, a caballo, yendo al encuentro de su padre, el coronel del regimiento, que había visto a su hija hablando con Terry.

—¡Oye, muchachita! — le dijo el coronel—. ¿Estás segura de que solamente los caballos te han hecho venir al campamento?

—Sí, papá. ¿Por qué? — dijo, ruborizada.

—Es que comienza a murmurarse de cierto “flirteo” con cierto individuo del batallón.

—Te aseguro, papá, que “él” no significa nada para mí.

—¿Él? ¿Quién?

—Perdóname, papá. He sido algo tonta.

Y picando espuelas huyó, roja como la grana. Su padre se echó a reír. No le parecía del todo mal la idea de que su hija festejase. Estaba ya en edad de casarse, y Terry era un muchacho de buena familia, que demostraba que estaba muy enamorado de July, pues por su causa había sentado plaza de soldado. Ahora bien, ¿duraría mucho esta conducta legal? ¿No volvería algún día a las andadas y a su anterior vida de juerga? Esto era lo que era preciso esclarecer.

Terry fué al encuentro de una niña llamada Mary, sobrinita de July, una preciosa criatura que muchas veces iba al campamento.

La acarició el cadete bondadosamente.

—¿Qué? ¿Te han gustado los ejercicios que he hecho?

—¡No! — contestó la pequeñita con un gracioso mohín—. Yo quiero que saltes sobre este estanque.

El ejercicio que le pedían era difícil, y Terry no se atrevió a hacerlo.

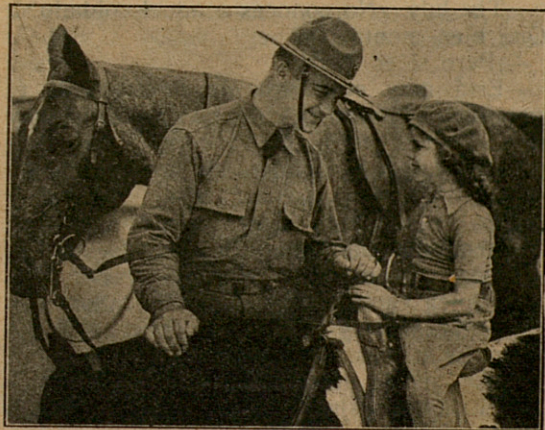
—¿Que yo salte eso? Mira, será mejor dejarlo para otro día.

—¿No te gusta siempre complacer a tía July? ¿La ves allá lejos? Pues si saltas, ella estará orgullosa de ti.

—Bueno. Voy a saltar, ¡qué diablos!... Pero, por si acaso, rézame un padrenuestro.

Se unió al grupo de jinetes ya más adelantados que él, que iban a saltar sobre aquel estanque de unos seis metros de anchura... Dada la orden de avance, se realizó el salto.

Todos pasaron bien, pero Terry, no sabiendo aún medir suficientemente las distancia, cayó al agua, recibiendo un baño bien desagradable a aquella hora.



—¿No te gusta siempre complacer a tía July?

Se levantó rápidamente y dió la culpa al caballo.

—El caballo cambió de parecer a última hora. No quiso saltar.

Y fué a reunirse con los demás jinetes, mientras July, a lo lejos, se reía burlonamente de su fracaso.

* * *

Días después se celebró una gran revista militar. July, su sobrinita y el teniente Allan presenciaban el desfile, preparatorio de las

grandes maniobras que tendrían lugar al día siguiente.

La nena señaló a un soldado que iba muy orgulloso con su uniforme de cadete en la formación.

—Tía July. ¿No conoces a aquel soldado?... ¿Qué bien monta, eh?

—¡Pero si es Terry!

—Está muy contento. Me dijo que si él aprendía a montar en esta revista, sería muy feliz... Ya ves qué ufano va. Somos muy amigos, tía July. ¡Y siempre me está hablando de ti!

—Ya lo sé.

El teniente Allan, pálido y nervioso, intervino en la conversación.

—¿Quién es ese nuevo admirador, July?

—Terry... Terry Gulver. Lo debe usted conocer. Está en su compañía.

—¡Ah, sí! He oído hablar de ese... joven.

—El dice que July será su novia — exclamó la niña con ingenuidad.

—¡Cállate, por Dios! — protestó su tía.

Pero Allan, celoso y ocultando su sorda rabia, dijo:

—¿Es que la está molestando a usted, July? Si es así, dígamelo, que le castigaré como se merece.

—Nada de eso. Se ha portado siempre como un perfecto caballero.

—Lo celebro.

Y estas palabras dichas con ironía, parecían establecer una separación entre los dos.

Terminada la revista, los invitados abandonaron la Academia para volver al día siguiente, en que tendrían lugar magníficos ejercicios hipicos.

Por la noche se celebró un baile en el salón de actos de la Academia. Asistían numerosas muchachas, entre ellas July, que se hallaba sencillamente divina.

Estaba también toda la oficialidad. El teniente Allan se había acercado a July, invítandola a bailar. Pero ella se negó cortésmente.

—Prefiero pasear, Allan.

—Entonces ¿me permitirá que la acompañe?

—Bueno.

Salieron a la terraza. La noche era apacible y serena. Sin saber por qué, July sintió un profundo malestar y deseó alejarse del teniente, por el que cada vez sentía una antipatía más acentuada... Pensó en Terry, en el cadete en quien ella soñaba a todas horas, a pesar de sus aparentes desdenes. Suspiró de una manera profunda, melancólica.

—¿Está usted indispuesta, July? — dijo el oficial, dándose cuenta del estado de ánimo de ella.

—No... no es nada. Mis nervios un poco enfermos... Perdone, pero preferiría estar sola, Allan.

—Está bien... No quiero molestarla...

Y disgustado por aquella invitación a irse, se alejó discretamente, mientras July volvía a suspirar, ahora aliviada, pues le molestaba la presencia del teniente.

Se dirigió hacia el jardín y se sentó en uno de los bancos. De pronto, y cuando estaba más sumida en sus pensamientos, vió ante ella una figura varonil. Era Terry, que la contemplaba con devoción religiosa.

—¿Qué hace usted aquí? — dijo, extrañada.

—Quería verla, aunque fuese de lejos. Y la

suerte me depara el placer de poderla tener a mi lado.

—Es mejor que me vaya... — indicó, disponiéndose a partir.

—Un minuto, por favor, July... Quisiera hablarle.

July estaba nerviosa; deseaba aquella entrevista, pero la temía y quería aplazarla para otra ocasión.

—Este no es lugar a propósito. Pero, en fin, accedo. Sea breve.

—Oiga usted, July... Algo ha ocurrido en mi vida realmente extraordinario. Siempre he sido un ser inútil, un parásito, pero desde que la he conocido...

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Me he convencido de que sin verla no podría vivir... aunque para ello tuviera que hacerme soldado... o efectuar los mejores sacrificios... ¿No ha observado un cambio en mí, señorita? ¿No se da cuenta de que la quiero? ¿Puedo esperar alguna correspondencia de este amor que llena toda mi vida?

Ella bajó los ojos, ruborizada. Se sentía feliz. Aquél era el único hombre que había conseguido llegar a su corazón. Las manos de Terry acariciaron las suyas. Todo parecía pronto al beso, cuando apareció ante ellos el teniente Allan.

Estaba pálido, sus manos se crispaban de indignación.

—¡Cuádrese usted! — dijo a Terry, que obedeció con inquietud la orden.

—Pero, Allan — murmuró July.

El teniente la apartó suavemente a un lado, y luego, mirando al cadete con feroces celos, gritó:

—Hace ya mucho tiempo que viene usted molestando a la señorita July...

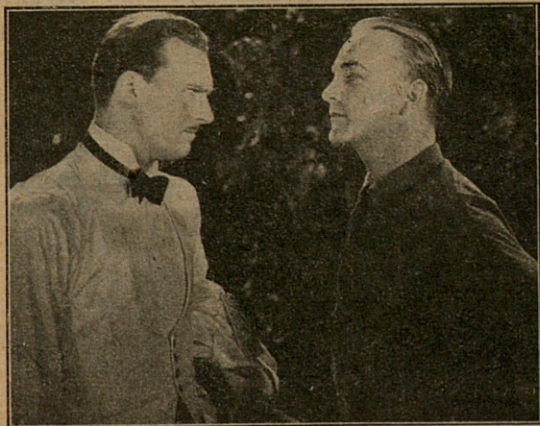
—¿Yo? ¡Eso es falso!

—¡No es verdad, Allan! ¡No es verdad! — indicó July.

—Usted es demasiado prudente para confesar. Pero yo lo sé de cierto. Vamos a ver, Terry, adivino sus propósitos, y esto no puedo tolerarlo. Este asunto hay que resolverlo entre usted y yo ahora mismo.

—Pero, teniente...

—La única diferencia entre nosotros son los galones. Me los quitaré. Ya no somos más que dos hombres iguales.



—*Ya no somos más que dos hombres iguales.*

Y quitándose en un santiamén la guerrera, se arrojó contra Terry, quien repelió la agre-

sión, y los dos hombres lucharon en una pelea feroz de celos y de ira.

Horrorizada por lo que estaba ocurriendo, corrió ella al salón a dar aviso de la pelea.

—¡Señores, vengan conmigo! ¡Dos hombres se están peleando en el jardín!

Salieron todos precipitadamente y encontraron en el jardín, ya dirimidas sus cuestiones, al teniente Allan y al cadete Terry... El teniente tenía un ojo amoratado; Terry daba muestras de desasosiego.

El coronel de la Academia miró a los dos hombres que de tan intempestiva forma se presentaban, y preguntó severamente:

—Teniente Allan, ¿qué quiere decir esto?

—Permítame que me lo reserve, coronel.

—Terry, ¿por qué peleaba usted con el teniente?

El joven lanzó una suave mirada a July, que casi no podía contener su llanto, y guardó silencio. Haría como el teniente: no mezclaría para nada un nombre de mujer en un asunto de hombres.

—¿No contesta? ¿Sabe la pena en que incurre por rebelarse a un superior?

El teniente Allan no era un truhán y sabía rendir culto a la verdad.

—Perdone, coronel. Pero fui yo quien provocó la pelea.

—¡Bien! ¡Quedan ustedes dos arrestados! ¡Pues no faltaba más! ¡Dar un espectáculo semejante!... ¡Ea, señores! Volvamos al salón, que eso no tiene importancia.

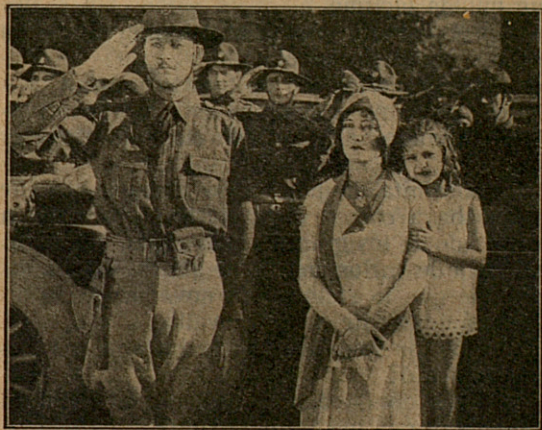
Y todo el mundo, menos los dos arrestados, volvieron al baile, pero July se mantuvo en un rincón, llena de tristeza, lamentando que por su culpa se hubiesen peleado dos hombres y

pensando singularmente en Terry, el ídolo que llenaba su alma de una emoción de amor.

* * *

A la siguiente mañana se celebraron los ejercicios, presenciados por una gran multitud.

El coronel había levantado el arresto al teniente Allan para que pudiera tomar parte en los mismos, pero, en cambio, lo mantenía para el cadete, por cuanto la falta de éste era mucho más grave, ya que se trataba de insulto a un superior.



July, en compañía de su sobrinita, contemplaba las maniobras...

July, en compañía de su sobrinita, presenciaba las maniobras y su corazón se hallaba

apenadísimo, porque Terry estaba arrestado y no podía tomar parte en ellas... Su sobrinita, aprovechando la distracción en que se hallaba July, marchó en dirección al campo de maniobras con el deseo de presenciar muy de cerca los ejercicios, pues la niñita creía que Terry, su amigo, iba a pasar a caballo.

Desde el patio de su compañía, Terry presenciaba con honda melancolía los ejercicios de sus compañeros.

—¿Qué te pasa que tienes ese aire tan funerarío?—le dijo un camarada.

—Es que tenía que haber tomado parte en los ejercicios de hoy. Y este maldito arresto me impide lucirme.

—¡Pues suerte tienes de no estar allí! ¡Tu cabeza ha de agradecértelo!

—Quisiera estar allí de todas formas.

Los jinetes proseguían su avance por la pradera, saltando vallas y toda clase de obstáculos.

La sobrinita de July, en la creencia de que Terry iba a correr, quiso verle muy de cerca saltar uno de los grandes obstáculos, una enorme valla de varios metros de altura. Estaba segura de que lo saltaría sin novedad. Y se dirigió rápidamente hacia la valla.

Uno de los soldados que se hallaba con Terry, comentó:

—¿Pero dónde diablos irá aquella criatura colocándose en medio de la ruta?

—Querrá aplaudirme creyendo que voy a dar el salto mortal.

—¡Oh, mira! ¡Ha caído! ¡La aplastarán!

En efecto, la chiquilla había tropezado con unas piedras, cayendo a tierra y haciéndose tanto daño en las piernecitas, que no podía

levantarse... Y se hallaba precisamente junto a la valla y ante el peligro de que los jinetes que iban a dar el salto no la viesan y la aplastasen...

La pequeñita lloraba, y Terry se dió cuenta de la gravedad del momento. Y contraviniendo el arresto, dispuesto a todo para salvar la vida de la criaturita, subió a caballo y se dirigió a galope tendido hacia el lugar donde la nena estaba inmóvil, casi desvanecida.

Fué cuestión de segundos. Los invitados habían adivinado la proximidad de la catástrofe, pero no tenían tiempo de sacar a la niña de allí. Y los jinetes, ajenos a aquel peligro, avanzaban en pugna rapidísima. Pero la intervención de Terry fué milagrosa... Consiguió coger a la niña y alejarla de allí un momento antes de que los jinetes saltaran el obstáculo y pasaran en su escalofriante galope por el lugar donde había caído la pequeñuela.

Terry, sudoroso y emocionado, dejó la niña en brazos de July, y luego, rehuyendo toda clase de manifestaciones volvió al cuartel a seguir su arresto. Le dolía mucho el brazo; lo tenía ligeramente dislocado.

* * *

Por fortuna la lesión de la niña carecía de importancia. Al día siguiente el coronel hizo llamar a su despacho al cadete Terry, quien se presentó ya respetuoso y fiel cumplidor de las ordenanzas.

—Supongo que no adivina usted por qué le he llamado — le dijo el coronel.

—Creo que sí, mi coronel. Por quebrantar el arresto.

—Olvidemos eso... Quiero felicitarle por haber salvado a mi nietecita.

—¡Oh, gracias, coronel!

—Contésteme usted a una cosa — añadió, consultando unos papeles—. Usted ha tenido muchas dificultades desde que ha ingresado en el ejército, ¿verdad?

—Algunas, pero después de todo no es una vida tan mala.

—Desde luego, estará usted aburrido de la milicia.

—No, señor.

—¿Cómo? ¿Pretende usted continuar?

—Sí, señor. Hasta que logre mis deseos.

El coronel sonrió.

—Oiga, Terry. Su padre se ha enterado por Ferben de que usted sentó plaza. Tiene su papá mucha influencia en Washington y ha obtenido una licencia ilimitada para usted.

—No la acepto. Seguiré aquí hasta que vea cumplidos mis propósitos.

—¿Qué diablos de propósitos tiene usted?

—Perdóneme, pero me los reservo.

El coronel guardó unos instantes de silencio, luego acentuó su sonrisa bondadosa, paternal.

—Terry, yo le obligaré a que acepte esta licencia.

—¿Y por qué, coronel?

—Para que, como segundo teniente, tenga usted más facilidades para lograr sus deseos.

—¿Cómo?

—Sí, Terry, amigo mío... Se ha acordado, al par que una corta licencia, el ascenso de usted. Vaya a que el juez militar le refrende

estos documentos, y permítame que le felicite.

De nuevo le tendió la mano, y Terry, feliz como nunca, abandonó la oficina, encontrando antes al teniente Allan que, ya sin rencor alguno, le estrechó también la diestra. Allan era un vencido en aquella contienda, pero no sentía odio hacia el vencedor. Hacía poco que había hablado con July y ésta le había manifestado que su corazón era de Terry.

El joven cadete, satisfecho por todas aquellas cosas, fué a la oficina del juez, donde le refrendaron el documento.

Al salir encontró a July que estaba hablando con el sargento Westbrook.

La muchachita, deseosa de reírse un poco, sin malicia, de Terry, al que tanto amaba, se hallaba dando instrucciones al sargento.

—Ya sale — le dijo—. No se olvide de lo que tiene que decir...

—Trataré de complacerla, señorita — contestó el sargento, rascándose la oreja.

Y como viese aparecer a Terry, ella preguntó a Westbrook, mirando de reojo los galones del nuevo oficial:

—¿Quiere usted decir, sargento, que todos los segundos tenientes son vanidosos y tontos?

—Todos, no... Los novatos.

—Dígalo otra vez, sargento—intervino Terry, sonriente.

Westbrook se turbó. ¿Qué acababa de hacer? ¡Se estaba burlando de un oficial! ¡Se la iba a cargar de veras!

—Perdone, mi teniente — balbuceó, mientras se cuadraba.

—A ver, póngase firmes... Así... No está del

todo mal, pero necesita practicar... Ya le prepararé yo un encuentro con el general Pershing.

—¡A la orden, mi teniente!

Y el sargento se marchó cabizbajo, temiendo la reprimenda del que ya era su superior.

July se sonrió, y Terry, mirándola amorosamente, le dijo:

—Se estaba usted burlando de mí, ¿verdad? ¿No sabe lo que les ocurre a las hijas de los jefes cuando se propasan con un segundo teniente?

—Yo, no; pero papá debe saberlo.

—Pues ¿vamos a preguntárselo?

Y se fueron del brazo en dirección al despacho de papá, pero luego cambiaron de parecer y entraron en el jardín, donde hicieron las paces y acordaron ir luego a ver al coronel para que señalase fecha para la boda, lo más cercana posible... pues les corría mucha prisa la bendición nupcial.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Acaba de aparecer, con extraordinario éxito, en las selectas **Ediciones Especiales**, de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA, la adaptación cinematográfica de la popularísima novela del insigne escritor don A. Palacio Valdés

La hermana San Sulpicio

Intérpretes: la novia de España, **IMPERIO ARGENTINA** y Ricardo Núñez.

16 ilustraciones interiores.

Precio: **1 peseta**

ESTA SEMANA:

El demonio y la carne

Producción cumbre de GRETA GARBO, con John Gilbert y Lars Hanson.

Precio popular: **1 peseta.**

A PETICIÓN DE NUESTROS LECTORES

¡Éxito! ¡Novedad! Publicación para los muchachos, pero que los mayores leerán también con deleite:

AVENTURAS **FILM**

Publicación semanal de asuntos da emoción.

Acaba de aparecer:

SANGRE INDIA

por Tim Mac Goy, Robert Frazer y Marian Douglas.

Esta semana

EL CAPITÁN SIN MIEDO

por el coronel Tim Mac Coy.

Precio: **15 cts.**

A BENEFICIO DEL PÚBLICO

EL SOBRE SEMANAL

ofrece a 15 cts. los 500 títulos de que consta la LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA antigua.

Los mejores asuntos · Los mejores artistas.
Las mejores narraciones.

Comprar un sobre es ser comprador constante.

Sólo 15 céntimos

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA